

maba qué avia estado en la tierra que decía, é que avia visto con sus ojos aquellas grandes riqueças que recontaba. É dió al gobernador tres indios de los suyos, para que guiassen á los españoles, encomendándoselos mucho que mirassen por ellos, porque no los matassen los cho-

gues, sus enemigos; é decía que avia pocos dias que su padre avia ydo á comprar ciertas pieças de oro, é le avian dexado passar, é á la vuelta le avian muerto los chogues, é comídosele, é tomádole una oveja, que traia cargada con ciertas pieças de oro.

CAPITULO XIV.

Cómo los indios principales, de quien se ha hecho mención en el capítulo precedente, dieron relación al gobernador Jorge Espira é á los españoles de las amaçonas ó mugeres que señorean ciertas provincias por sí mismas, sin tener maridos ni hombres consigo; y cómo los chripstianos y su capitan general prosiguieron su camino en demanda de los chogues, y cómo mataron al capitan Esteban Martin, famoso hombre en la guerra é intérprete, é de la batalla é vengança que los chripstianos ovieron contra estos chogues, é otras cosas del discurso de la historia.

Aquellos indios que tan puntualmente hicieron relación de la grande riqueza que se ha dicho de suso, decían asimismo (é aun los españoles antes desso traian la misma nueva), que sobre la mano izquierda de la dicha sierra, donde se juntan dos rios, hay una nascion de amaçonas ó mugeres que no tienen maridos, y que en cierto tiempo del año van á ellas otra nascion de hombres, é tienen con ellas comunicacion; é se tornan despues á su tierra; las quales mugeres tienen mucho oro é plata, pero que lo avian de la gente llamada chogues. Del origen de las amaçonas é de su señorío, Justino en la abreviacion de Trogo Pompeyo escribe largamente.

Estos nuestros españoles, volviendo á nuestra historia, como su intento y el de su gobernador era ocurrir á lo principal, y no dexar, como dicen, la mar por el arroyo, no curaron de yr á las mugeres que dicho, sino caminaron conforme á la informacion ya dicha de aquella punta, que les fué con el dedo enseñada. É fueron una jornada por aquel rio abaxo, é cómo allí avian hecho paz, aunque hallaron los pueblos alçados, la tornaron á hacer.

Está aquel rio muy poblado de buenos pueblos, é allí tornaron á se certificar las

nuevas que se dixerón en el capítulo precedente: é prosiguiéndose el viaje, entraron los españoles en la provincia de los indios que comen carne humana, llamados chogues, é hallaron la tierra tal como llevaban la informacion, trabaxosa de caminar, y tal que era nescessario mucho tiempo é aviso con los indios della. Y en ocho jornadas llegaron á el rio Bermejo, é los indios que por allí en él tomaron de los chogues, confirmaban en las mismas nuevas; y poniéndose en quatro piés, para ser entendidos, balaban como ovejas, y señalaban y decían quel oro y plata y ovejas estaban junto á la dicha punta: la qual, á lo que se podia juzgar, estaba de aquel rio Bermejo quince ó veynte leguas.

Allí se tomó el altura por aquel Diego de Montes, que se dixo de suso en el capítulo precedente, é se halló en un grado de la línea equinoçial en el proprio rio Bermejo, é halláronle muy mayor que los indios avian dicho, é yba tan grande como lo es el Guadalquivir por Sevilla, lo qual les fué mucha confusion y estorbo. Y cómo la nueva era á medida de su cobdicia destes mlites, cada dia de los que se detenian les paresçia un año, hasta llegar á donde yban enderesçados sus des-

seos; é fué nescessario assentar en un pueblo de aquella nascion, á una legua de aquel rio.

Creyóse ó les paresció que aquella color bermeja debia ser de ciénegas que entrarian en él, como de hecho vieron ser assi, porque al nascimiento es rio claro. Y penssando que tomando el rio mas por lo alto, se hallaria passo, envió el gobernador al capitan intérprete Esteban Martin con çinquenta españoles, á pié, bien armados, á descubrir el camino para tomar el rio mas al pié de la sierra. El qual fué y dió en tan grand poblacion y multitud de indios, que quando se quiso retirar no pudo, sin que los indios le viniessen dando guerra: é traian suanguardia é retroguarda é batallon con mucha orden, é le mataron un español é hirieron al capitan con otros seys ó siete hombres malamente; é si de noche no se retiraran, todos se perdieran é fueran desbaratados.

Con esta desdicha é daño resçebido, se tornaron al real desde ocho dias despues que avian partido dél, é assi fué nescessario estar quedos los chripstianos é no se partir de allí hasta que el capitan é chripstianos fuessen remediados de las heridas; y á cabo de veynte dias murió el capitan Esteban Martin y otro gentil hombre de caballo, que vino herido, y los demas sanaron. Fué mucha pérdida y confusion para los españoles la muerte del capitan Esteban Martin, y les quitó mucha parte del ánimo, porque aquel era un hombre muy valeroso por su lança, y grande adalid y de mucho tiento, y de los que se hallan pocos ó raros en la guerra. É assi por la falta de aquel començaban á se juntar en corrillos, y decían: «Volvámonos, pues que Esteban Martin es muerto.» Quassidicad que sin aquel les paresçia que su trabaxo era por demás é sin fructo; y cómo esto llegó á noticia del gobernador, temiendo de algund amoti-

namiento, assi como ovo un dia oydo missa, les hizo un raçonamiento de hombre prudente, acordándoles que eran españoles, y que en todo el mundo tenían grand fama de gente valerosa é de mucho esfuerço, y que él se tenia por el mas bien aventurado capitan desta vida, por se hallar con tan gloriosa y experimentada y noble nascion y con tal compañía; y aunque no fueran mas de veynte españoles, le bastaria el ánimo para acometer qualquiera grand cosa, mas é mejor que con diez mill de otra generacion. É assi á este propósito les dixo muchas cosas para lo asegurar; y decía que viessen que Esteban Martin era un hombre solo, y que pues tan çerca tenían la riqueza, que no desmayasse nadie, é que no mostrando flaqueça, diessen de sí la buena cuenta que debian, é procurassen todos de allegar á ver el fin de tan prósperas é ciertas nuevas, como tenían, para que mediante Dios, todos fuessen de buena ventura y volviessen á su patria muy prósperos é honrados, haciendo tan grande é señalado servicio á Dios é á Sus Magestades, é tan útil jornada á sí mesmos é á los que dellos descendiesen, perpetuando su fama é nombre en tanto que mundo oviesse. Acabada su habla, quedaron los españoles muy contentos de oyr la voluntad del gobernador, é le dixerón que todos le seguirian, é que como leales servidores de Sus Magestades, ponian sus personas á todo lo que les subçediesse, como él sabia muy bien é avia visto que lo avian hecho hasta allí, sin rehusar trabaxo ni peligro alguno de quantos avian ocurrido en muchas nescessidades quel tiempo les avia dado. É oydo esto, el gobernador les dió las graçias por su buen comedimiento y respuesta, é acordaron de yr á descubrir el dicho rio, por donde avia ydo el dicho Esteban Martin, assi para continuar la empresa, como para satisfacerse de los indios malhechores y

muerte de los que se ha dicho. Y desde á cinco jornadas llegaron á aquellos pueblos; y cómo estaban ya comenzados á çebarse en los chripstianos, viniéronse á ellos enrodelados, y con sus dardos é arcos é flechas grand número dellos. É como los nuestros deseaban vengar la muerte del Esteban Martin, y aun para escuchar las suyas propias, y porque estaban en parte que otro remedio ni fuerça ó recurso avia, despues del socorro de Dios, sino el de sus propias manos y coraçõ-

nes, atendieron la batalla con mucha determinaçion y esfuerço, con muy gentil orden. Y aquella trabada, no estuvo un quarto de hora sin tener los españoles la mejoría; consiguiendo la vitoria; é mataron algunos de los contrarios, é pussieron en huyda á los demas, sin que ossasen atender ni parar en el campo, en el qual hecho de armas, aunque ovo algunos heridos de nuestra parte, plugo á Nuestro Señor que no murió chripstiano alguno ni caballo.

CAPITULO XV.

Cómo despues de la batalla que los españoles ovieron con los chogues, acordaron de se tornar á la cibdad de Coro, por la mala disposiçion de la tierra é por las enfermedades y nescessidades que les ocurrieron.

Passada la batalla que se tractó en el capítulo de susso, se aposentaron los españoles en aquellos pueblos, é procuróse la paz con los indios: la qual no se pudo conseguir ni aver con ellos, por defeto é falta de intérpetres, que se avian huydo los que tenían, é aquella nascion no se entendian, exçepo que en las nuevas de las riqueças eran conformes, señalando aquella punta de sierra, que ya está dicha de susso. Y cómo este gobernador y los que le seguian desseaban ver el fin trás que andaban, partieron la via de aquella punta, en demanda del rio Bermejo, que les decían que avian de hallar primero, aunque ya lo avian visto en otra parte. É aviendo ya caminado quatro jornadas, porque yban muchos de los españoles enfermos, pararon en un pueblo donde el gobernador dexó á su alcalde mayor, Francisco de Sancta Cruz, é al capitan de la gente de caballo, llamado Lope de Montalvo, é tomó consigo doce de caballo é quarenta hombres á pié, y en persona proçedió adelante por aquella nascion de los chogues, en demanda del dicho rio, é passó por mucha poblacion con

grandes trabaxos, porque ovo dia que le fué nescessario haçer seys puentes en arroyos hondos é barrancos, para poder passar los caballos. Y en quatro jornadas llegó á un pueblo de aquella nascion, desde donde se paresçia una abra que haçia la dicha sierra, y se sospechó que seria el rio que buscaban. É de allí, dexando los caballos, con treynta españoles fué el gobernador á pié á descubrir el dicho rio, que estaria de allí dos leguas. É llegados á él, yba claro é no tan grande, como donde la primera vez lo avian visto: é subieron por él arriba hasta unas lomas de la sierra, costeándole hasta un pueblo, para desde allí ver lo de adelante y entender si bien al nascimiento dél tenia disposiçion de se poder passar; mas por ninguna via se podia passar sin barca, é para haçerla, faltaba todo lo nescessario.

Y cómo los españoles cada dia enfermaban, y entre aquella gente de los chogues no avia sino solamente mahiz, acordó el gobernador, avido el paresçer de los que le paresçió que se debia tomar, de se volver á retirar al rio de Papamene¹, que atrás avia dexado de paz, é allí

¹ Papamene: constantemente se lee en el MS. Papomene.

atender á que el invierno passasse, porque los enfermos se reparassen y el tiempo de adelante fuesse mas á su propósito. Y con este acuerdo se volvió adonde avia dexado los otros españoles, é quando á ellos llegó, estába tal la gente, que con seys compañeros (que mas no avia que poder enviar) avian enviado los capitanes ya dichos á que descubriessen una legua de allí el camino, para se volver á las savánas la via de la cibdad de Coro. Y cómo el gobernador llegó, todos decían á voçes: «No queremos oro: que nos morimos aqui. Sácadnos de tan mala tierra; é si despues quisiéredes volver acá, llevadnos á Coro, é rehaçernos hemos de salud y de vestuario y herraje: que estamos desnudos y tenemos tanta nescessidad, que es incomportable. Y tornaremos, señor, con vos con mas aparejo é posibilidad, que tenemos al presente para yr adelante; porque como estamos, ni queremos oro ni otra cosa, sino la vida, y no perderla á sabiendas, peleando con el çielo é porfiando lo que no se puede haçer.» El gobernador acordóse de cómo dice Plutarco en la vida de Pelópide Thebano, que no es nescessario culpar al que huye la muerte, si la vida ha de ser honesta y virtuosa; ni se debe loar el querer morir, si lo tal viene en el que despreçia la vida.

Assi que, Jorge Espira vido en tal disposiçion la gente y en tanto estrecho, que le paresçió inhumanidad dexar de complaçer á los que esto decían; porque no dexaban perro que no comiessen, é aun los caballos querian matar para lo mismo, en los quales consistia la mayor parte de la seguridad de los españoles, por el grand temor que los indios tienen á los caballos; y porque no viniessen en desesperaçion que les hiçiesse cometer alguna desobediencia ó motin. Y cómo era la primera jornada ó camino que avian hecho,

despues que desembarcaron, venidos de España los mas de aquellos, probábalos de golpe la tierra, y no avia entre todos çinquenta hombres de pié y de caballo que pudiesen ofender, ni aun defenderse. Y aquellos que estaban mejores, eran daquellos pocos que primero estaban en aquella gobernacion de Veneguela, y que este gobernador halló en ella; y para una jornada semejante é otras cosas nescessarias, un gobernador nuevamente venido de España á estas partes, aunque sea muy sabio y despierto, se puede contar con los inocentes. De manera que visto que le faltaba la posibilidad, é que estaba quinientas leguas apartado de Coro, é que para haçer su voluntad era á solo Dios cosa posible, acordó de salvar á sí é á los españoles, que le quedaban. É á diez de agosto de mill é quinientos é treynta y siete años dió la vuelta para la cibdad de Coro con çient hombres de pié y quarenta y quatro de caballo, entre los quales, como es dicho, no avia çinquenta para continuar la guerra. Y como salieron de entre aquella nascion á las savánas, hallaron venados; é aunque algunos chripstianos murieron por estar ya tan enfermos, los demás se reformaron con aquella carne: y como el tiempo del verano les ayudó, poco á poco anduvieron todo lo que pudieron, aunque aquel rio de Vaoyare los detuvo quarenta dias que no lo pudieron passar, é á cabo dellos con trabaxo passaron y prosiguieron adelante, porque las aguas é invierno no los impidiesse de passar los rios Dariri é Apure, porque invernando del otro cabo, corrian mucho riesgo, por ser poca gente, é tal é tan trabaxada é desproveyda. Y aun con toda la priessa que se pudieron dar, llegaron á aquellos rios, quando las aguas començaban á venir, é los detuvieron çiertos dias.